

Freud en Francia

Por Enrique Guarnier

En marzo de 1885, mientras conseguía su nombramiento como profesor de la Universidad de Viena, Sigmund Freud consiguió una beca para estudiar en París bajo la guía de Jean Martin Charcot. Este gran neurólogo se había distinguido mundialmente después de publicar sus «Leçons sur le maladie du système nerveux faites à la Salpêtrière». Sin embargo, era más conocido por sus investigaciones por medio del hipnotismo en la histeria. Puede decirse que había hecho respetable entre los círculos médicos de su época a un procedimiento del que se habían valido un buen número de charlatanes. Además de todo en Charcot existía un verdadero artista que hacía caminar a parálisis y ver a mujeres ciegas. Cabe agregar que se mostraba desinclinado a la experimentación y en la puerta de su despacho había un letrero que decía: «Vous ne trouverez pas une clinique des chiens chez moi». (No encontraréis una clínica de perros aquí).

Charcot descendía de una larga escuela de psiquiatras franceses que fuera iniciada en la época de la Revolución de 1789 por Philippe Pinel y continuada por Esquirol, Morel, Lasegue y otros muchos.

Freud llegó a París en septiembre de 1885 y durante algunas semanas vivió en el hotel de la Paix situado en una callejuela del barrio latino cercano al Panteón, pero pronto se trasladó al de Bresil que al incluir co-

midas le resultaba más económico. Desde el principio, el futuro descubridor del psicoanálisis se sintió incómodo en una ciudad compleja de la que escribió: «tiene por lo menos una docena de avenidas que son más largas y amplias que el Rignstrasse». A continuación agregaba: «cuando llueve es válido el nombre romano de Lutecia que significa pueblo lodoso».

La soledad y nostalgia se nota en estas primeras cartas, pero después de algunas semanas encontró que: «París es una ciudad magnífica y encantadora» y añadía que estaba repleta de «magia». Freud disfrutó del Louvre, donde quedó sorprendido por las colecciones egipcia, asiria y etrusca. Casi no menciona la pintura de los grandes maestros. Sin embargo, el lugar que más gozó fue la catedral de Notre Dame que visitó en distintas ocasiones. También asistió al Teatro y presenció uno de los grandes dramas franceses actuado por Sarah Bernard.

Su impresión de los habitantes fue poco favorable y los describió como: «arrogantes e inaccesibles». Puede afirmarse que parte de sus dificultades se derivaron de su problema con el idioma. Fue por ello que en la Salpêtrière se relacionó mejor con los ingleses y españoles. Debe agregarse que el acento alemán nunca ha sido bienvenido por los galos. No obstante, a pesar de sus apuros económicos, Freud pudo adquirir un buen número de libros, pero lo que más le impresionó fue la tremenda personalidad de su maestro. Jean Martin Charcot era sumamente estimulante y sus lecciones de los martes y los viernes rayaban cerca de la genialidad. Según el futuro psicoanalista era como asistir al teatro y su influencia permanecía en la mente a lo largo del día siguiente. Su descripción del catedrático era así: «Es un hombre alto con poblada cabellera, ojos penetrantes y pequeños, facciones sumamente expresivas que denotan a una persona que piensa con profundidad».

En varias ocasiones Freud visitó la residencia palaciega de Charcot en el Boulevard St. Germain para discutir sobre la futura traducción de su obra al alemán. También acudió a dos cenas en las cuales conoció a personajes importantes como Strauss, uno de los descubridores del cólera, el escritor Alphonse Daudet y el pintor italiano Tofano.

El 23 de febrero de 1886 Freud volvió a Viena y en los años que siguieron alcanzó la fama mundial. Las traducciones de sus libros al francés fueron apareciendo después de la Primera Guerra Mundial, pero la «Psicopatología de la vida cotidiana» despertó la agresión de un profesor Amaz quien pedía al gobierno que se prohibiera el psicoanálisis por la influencia nefasta que podía tener sobre la juventud.

Por fortuna para la nueva ciencia en 1925 la princesa María Bonaparte fue a consulta con Freud. Ella era la bisnieta de Luciano, el hermano menor de Na-

poleón. A través de su matrimonio con el príncipe Jorge de Grecia, quedó emparentada con las familias reales de Inglaterra, Dinamarca y Rusia. Era tía de la duquesa de Kent y del duque de Edimburgo, esposo de la reina.

La abuela de María Bonaparte había perdido todo su dinero durante la Comuna de 1871. Sin embargo, para recuperar la fortuna casó a su hijo con Marie Felix Blanc, cuyo padre era el propietario de la mayor parte de Monte Carlo. Fue por ello que la princesa al ser hija única adquirió una de las mayores riquezas de Europa.

No obstante, en lo que respecta a los demás aspectos de su vida era un ser extremadamente infeliz. Un mes después de nacida, murió su madre a consecuencia de una embolia. Al padre solamente le preocupaba el estudio de los glaciales y dejó la dirección de su hogar a la abuela de María, quien la mantuvo en el mayor aislamiento imaginable. A consecuencia de esto la princesa desarrolló una gran cantidad de fobias y temores nocturnos. A pesar de su neurosis la futura paciente de Freud poseía una inteligencia notable y desde su infancia llenó un cuaderno de notas con sus síntomas. Estos escritos resultaron trascendentales durante su tratamiento.

Temprano en la vida María Bonaparte descubrió que el ser mujer y rica no le permitían obtener una educación superior. Además, sus profesores eran inadecuados y en su romanticismo se enamoró perdidamente de un secretario de su padre, prohibiéndosele toda relación con él.

En 1907 cuando cumplió 25 años se le escogió como marido al príncipe Jorge de Grecia. Desde el principio fracasó el matrimonio porque el esposo homosexual le dijo: «Odio lo que vamos a hacer pero tenemos que efectuarlo para tener herederos». A partir de entonces la princesa tuvo una considerable cantidad de amantes entre los cuales se encontraba Aristides Briand, quien en once ocasiones fue premier de Francia. Sin embargo, ninguno de estos hombres rompían con su frigidez sexual.

En 1925 buscando curación, el psiquiatra René Laforgue se la refirió al para entonces famoso Sigmund Freud, quien se acercaba a los setenta años de edad y sufría de un carcinoma maxilar. Aunque el problema sexual nunca se resolvió, el tratamiento psicoanalítico se convirtió en la meta fundamental de la vida de María Bonaparte.

A su regreso de París, la princesa comenzó a traducir parte de la obra de Freud e inició el Movimiento Psicoanalítico Francés. Su método terapéutico era poco ortodoxo, pues escuchaba a sus pacientes mientras tejía en el jardín de su bella residencia de Cluny. Los chóferes los recogían y al terminar la sesión los retornaban a sus casas. Como frecuentemente sucede los hijos de los psicoanalistas entran a tratamiento y esto no fue excepción con los hijos de María, pero la per-

sona seleccionada resultó Rudolf Lowenstein, quien pronto se convirtió en el amante de María.

No obstante el sinnúmero de contaminaciones terapéuticas, la princesa Bonaparte ayudó muchísimo al desarrollo del psicoanálisis. Con su dinero se sostuvieron sus publicaciones, compró la correspondencia entre Fliess y Freud; rescatando a este último de los nazis cuando entraron en Viena. Además, durante su vida escribió dos libros, uno sobre la sexualidad femenina y el otro que versa acerca de la teoría de los instintos. Fue una especie de líder en la Sociedad Psicoanalítica fundando en 1926 la «Revue Française de la Psychoanalyse». María Bonaparte falleció en 1962 dejando una profunda huella.

A lo largo de los treinta surgieron varios analistas galos que destacaron en el campo internacional. Entre ellos cabe citar a Sachah Nacht, autor de un libro general sobre la teoría que se publicó en 1950. También Daniel Legache con un magnífico trabajo sobre transferencia. Sin embargo, en 1962 este último se unió a Jacques Lacan y renunció a la antigua sociedad, fundando una nueva. Poco duraron juntos porque Lacan comenzó lo que denominó «Ecole Freudienne» en 1968. Este hombre excéntrico fue alcanzando fama al introducir la idea que no era original, de que el lenguaje estaba en el inconsciente. También pensó que en nosotros existe un «otro», pero lo peor resultó que decidiera a capricho la duración de las sesiones de sus pacientes. Por otra parte, su vida personal se convirtió en un gran escándalo buscando llamar constantemente la atención de sus seguidores.

Desafortunadamente esta figura bizarra alcanzó cierto reconocimiento en Francia y entre algunos terapeutas sudamericanos. Determinadas ideas que Lacan esbozara en los cincuenta pudieron tener valor, pero en conjunto son extremadamente confusas, desorganizadas y casi siempre ininteligibles.

Puede afirmarse que el psicoanálisis en Francia ha experimentado más disensiones y divisiones que en ningún país del mundo. Posiblemente existan alrededor de ocho grupos que practican con diferentes posiciones, la mayoría alejada de la ortodoxia, tratamiento psicológicos. Parte del problema se ha derivado del tremendo individualismo galo, que impide el trabajo conjunto. Excepción a lo anterior han sido Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis, quienes escribieron un magnífico Diccionario de términos psicoanalíticos. Otro profesionalista de gran relieve lo constituye Didier Anzieu, quien realizó un interesantísimo análisis del propio Freud.

Como dato curioso debo añadir que durante el movimiento estudiantil de 1968, una de las demandas de los universitarios era que todos ellos tendrían que ser psicoanalizados (?).